

EXTREMADURA Y AMERICA

CON gran complacencia hemos visto en el número 16 de la Revista «ALCÁNTARA» la carta que Pompeyo Cruz dirige a «Un Español Antiamericano»; porque América está tan ligada a Extremadura, que ésta no puede ser ajena a los intereses americanos, como no puede serlo América a los intereses extremeños: porque en aquella época de la conquista de tal manera llegó Extremadura a representar a España, que los americanos no conocían a nuestra Nación, sino por Extremadura.

Lo primero que nos sorprende y casi asombra es que haya españoles antiamericanistas, como el que pueda haber españoles antiespañolistas. Nuestra conquista y colonización se distingue de la de las demás naciones en América, porque éstas no hicieron más que sustituir los aborígenes por los conquistadores, si no es que llegó su crueldad a extinguir los pieles rojas, como si fueran seres de categoría inferior o más aún, como si fueran alimañas.

España, en cambio, mezcló su sangre con la de los indios y llegó a tan alto grado su amor y consideración, que hasta prohibió que se embarcasen para América las mujeres solteras, para obligar a los españoles a que se casasen con los indios, resultando así la raza *criolla*, mestizaje exclusivo de la conquista de España. Pero además les infundió su religión, su espíritu hispanista, su civilización y le dió su lengua, resultando una fusión tan perfecta, que España puede, como Adán a Eva, decir a América «Eres carne de mi carne y hueso de mis huesos».

Pero no nos extraña que haya españoles antiamericanos, aunque lo consideremos monstruoso, como se dan españoles antiespañolistas aunque estos pudieran llamarse más bien hijos espúreos de España.

En lo que si tiene razón el articulista es en que, después de los primeros siglos de la conquista, no se hayan tratado los dos pueblos con la cordialidad de hermanos; y no ciertamente por la leyenda de las supuestas crueldades a que dió motivo Bartolomé de las Casas, ya suficientemente refutadas, como otros cargos que forman lo que pudiéramos llamar la «Leyenda Negra Americana».

Otras son las causas que han influido en la frialdad y recelo con que se han mirado españoles y americanos, infundidos por la masonería, que, como demuestra don Vicente Lafuente, tomó parte activa en la independencia de las colonias, como otros muchos enemigos, que siempre ha tenido España, amén de los resentimientos que engendra la dominación, cuando la Metrópoli no se adelanta a la separación violenta, como sucedió en España.

Pero estas prevenciones y recelos no han podido ahogar la voz de la sangre y el agradecimiento a la civilización que reconocen, fuera de algunas excepciones los americanos y lo demuestran los templos, las Universidades, las reducciones y encomiendas y otras muchas instituciones culturales. Son muchos los que, como ahora estamos viendo, hacen suyas estas palabras del ecuatoriano Montalvo, «¡España! lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tío lo tenemos y a tí te lo debemos. El pensar grande, el sentir animoso, el obrar justo en nosotros es de España». Para qué reproducir las protestas de amor y de gratitud, que diariamente publica la prensa, de los Embajadores y conspicuos americanos que vienen a visitarnos.

Todo esto demuestra que no es obra difícil restablecer la fraternidad hispano-americana y que en ella está la esperanza de la restauración no solo de estos dos pueblos, sino de toda la raza latina, que muy bien pudiera solidarizarse, como lo estuvo en otras épocas y ser esto un rayo de luz que iluminase el oscuro horizonte que se cierne sobre Europa, como pensamos demostrar en las próximas reuniones en pro de la *Unión Latina*, que se proyectan en la ciudad de Mérida.

Sin negar que América con su sangre joven, con la feracidad de su suelo y sin los desengaños y pesadumbres de las luchas y derrotas europeas esté en mejores condiciones para cambiar el rumbo del mundo, infundiendo el espiritualismo que le infiltró España, no compartimos el pesimismo que abriga el articulista respecto a la resurrección de Europa; porque Dios hizo sanables a las naciones y porque es un error achacar su decadencia a la mayor longevidad; porque no es esto, sino el haber perdido la conciencia de sí misma y el haber variado el rumbo de su misión en la historia, sustituyendo sus ideales por ideales extraños y opuestos a su destino.

Por lo que a nuestra Nación respecta, cuando España se desligue de Europa, como dice el articulista, y se españolice, decimos nosotros, arrumbando aquel furor de europeización que suscitó Costa, echando un doble candado al sepulcro del Cid, y copiando servilmente lo extranjero, y menospreciando su política tradicional, en la ciencia indígena, o el arte y literatura propios, entonces verá el señor Cruz, cómo no es imposible su resurrección, como las demás naciones latinas, cuya decadencia ha sido el castigo a su apostasía nacional; porque como dice el egregio Polígrafo Montañés, «no puede crear nada nuevo el pueblo que abomina de sus tradiciones».

En todo lo demás del artículo, fuera de lo de que «El hecho consumado, la fuerza, es la generadora del derecho» que equivaldría a aprobar los atropellos de Rusia, estamos conformes con la orientación del autor, que puede catalogarse entre los paladines de la unión hispano-americana.

Cáceres y Marzo de 1949.

SANTIAGO GASPAR